

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1957 - Núms. 84-85



SEVILLA

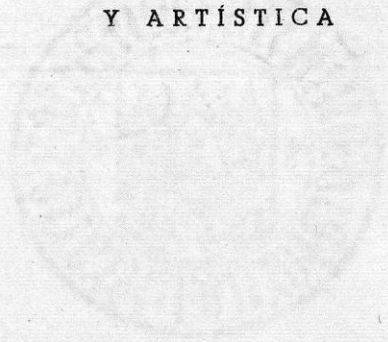
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



EJEMPLAR NÚM.

ARCHIVO HISPANICO

REVISTA

ANUARIO DE LA BIBLIOTECA

Y DEL ARCHIVO



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1957



Tomo XXVII
Núms. 84-85

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1957

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - OCTUBRE

Núms. 84-85

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUESADA.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. JOSÉ RUBIO RIVAS.—D. FRANCISCO RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Francisco Collantes de Terán.—*La Sevilla que vio Guzmán el Bueno*. (Cuatro ilustraciones fuera de texto)..... 9
- César Pemán.—*La restauración de «La visión de San Antonio», de Murillo, y el estilo murillesco*. (Cuatro ilustraciones fuera de texto)..... 43
- Jesús de las Cuevas.—*Romero Robledo y sus amigos de Sevilla a través de un epistolario inédito*. (Cuatro ilustraciones fuera de texto)..... 51

MISCELANEA

- A. H.—*Don Angel Camacho Baños*..... 79
- Francisco López Estrada.—*Actividades bibliográficas en torno a Sevilla. «Los Duque y Marqués» redivivos*..... 81
- Blanca Vázquez.—*Recuerdo constante de la Reina malograda*..... 87
- *** *Premios Diputación*..... 93

LIBROS: Varios..... 95

CRÍTICA DE ARTE: *Música*, por Norberto Almandoz..... 105

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—*Cronista Oficial de la Provincia. — enero y febrero, 1949*..... 113

ARTICULOS ORIGINALES

ROMERO ROBLEDOS Y SUS AMIGOS DE SEVILLA A TRAVÉS DE UN EPISTOLARIO INÉDITO

S IEMPRE he creído que nuestros historiadores han adolecido, en una buena parte, de la falta de contacto humano con sus protagonistas. Nos hemos dedicado más a la reseña minuciosa de los sucesos, que a apurar la biografía de quienes intervinieron en los mismos, sin darnos mucha cuenta que los primeros dependen casi siempre de los segundos. Pero esta laguna se hace aún más patente en el siglo pasado, donde los hombres aparecen, brillan y se esconden a una velocidad de puro vértigo. Todo ello ya lo hizo notar el eminente doctor Marañón, cuando puntualiza cómo “en el siglo XIX se hizo historia de los acontecimientos, no de los hombres”. Y añade, con su agudeza y claridad características: “Por eso soy entusiasta del siglo XIX, pero no de sus historiadores” (1). Es preciso, por tanto, proseguir con ese esfuerzo —tan valioso y perfecto— de los historiadores y escritores de nuestra hora —desde Natalio Rivas a Almagro San Martín— por presentarnos —tal como fueron, en realidad— a aquellos hombres del XIX que brillaron como piezas de importancia en su época, antes de que el tiempo vaya desdibujando sus perfiles y volviendo borrosa su figura. Porque no parece sino que al volver a ocuparnos de ellos, reviven, un poco, en el recuerdo. Hacia ese fin se dirige este trabajo que tiende a presentar algún que otro aspecto interesante, algún matiz acusado y sincero para la posible biografía de quien —aunque sólo falta desde hace poco más de medio siglo— diríamos se en-

(1) En una entrevista con Jiménez Sutil: «El Español», núm. 427, 3 al 9 del mes de febrero de 1957.

cuentra ya como más lejano de nosotros. Nos referimos a ese antequerano ilustre que fué don Francisco Romero Robledo; uno de los hombres —en frase del conde de Romanones (2)— “más representativos de la política de su tiempo”.

Ahora, nos va a ser factible tratar de él —en un momento de su vida— y de sus amigos sevillanos, a propósito de un epistolario inédito, una serie de cartas suyas dirigidas al marqués de Campo Ameno (3). Ya sabéis de mi preferencia por estos epistolarios, que considero siempre de gran valor para la interpretación y estudio de una figura, debido a su indudable aportación de intimidad y sinceridad. Así, con estas cartas —unas, con opiniones muy sabrosas sobre la marcha y estado de la política o la manera de llevar y dirigir a su partido; otras, a simple vista casi sin importancia, pero necesarias para la total comprensión de un carácter— y sobre las cuales quiero espigar sus notas más salientes.

Los incondicionales de Romero Robledo.

La primera carta, en nuestro poder, es del 11 de julio de 1896. Lleva, como todas las restantes, el siguiente membrete: “El Diputado a Cortes por Antequera”, y su destinatario, según hicimos saber, es el marqués de Campo Ameno (4), don Prudencio Mudarra y Párraga. Este don Prudencio nació en Frailes (Jaén) y llegó a ser catedrático de Literatura y rector de la Universidad hispalense, amén de diputado romerista, tal como, luego, veremos. La carta, con orla de luto —le aflige una “terrible desgracia”¿, tiene por objeto remitirle la credencial de caballero Gran Cruz de Isabel la Católica (5), “recompensa tan merecida” que ha visto “con grandísima satisfacción”. Don Prudencio —que vivía bastante bien ¿estaba, entonces, en Portugal—, “Vd. en Cascaes, en Lisboa, buscando temperatura fresca, aires refrigerantes para las energías vitales, incentivos de novedades sorprendentes del apocado espíritu” —le escribe, en otra carta, don Ma-

(2) En «Notas de una vida», Aguilar. 1934, pág. 256.

(3) Epistolario perteneciente al archivo de mi familia.

(4) Marqués consorte, por su casamiento con doña Ana Velázquez-Gastelu y Bernedes, quien heredó el título —concedido a mediados del XVIII— de su padre, don Rafael Velázquez-Gastelu, cuarto marqués de Campo Ameno.

(5) Nomenclamiento de la Reina Regente doña María Cristina, por Decreto de 30 de agosto de 1890. Además, y para no dejarnos nada atrás, categoría honorífica de ascenso en la Facultad de Filosofía y Letras (por R. O. de 25-11-1891) y Medalla de Oro conmemorativa de la Jura de S. M. el Rey don Alfonso XIII, por Sagasta, en 19 de julio de 1902.

nuel Laraña— y entre las muchas misivas que recibe, dándole la enhorabuena, hay una en la cual se especifica cómo don Eduardo Ybarra fué al Ministerio para recordarle lo del nombramiento al duque de Tetuán, y cómo éste, en La Huerta, de Cánovas, le dijo: “Dadas las condiciones personales de Campo Ameno es una cosa de estricta justicia”. Y termina: “Por tanto, si Romero se cuelga el milagro, Vd. ya sabe la verdad”.

Pero, a la postre, aunque no se lo “colgara” —que no lo creemos— lo cierto es que fué Romero Robledo quien le envía la credencial y éstas cosas no se olvidan. He ahí, pues, a don Prudencio convertido en “romerista” a carta cabal, en amigo fiel y constante de don Francisco. Y, en este punto, me gustaría resaltar las inmensas dotes de captación que tuvo Romero Robledo para rodearse de amigos por todas partes; pero amigos de verdad, en las buenas y en las malas, que le siguieron y formaron una legión, tan numerosa y disciplinada, como no veréis otra igual en aquellas postrimerías del siglo. Y esto a lo largo de veinticinco años. En 1879, por ejemplo, en un libro de Francisco Cañamaque (6) se asegura que es el político que tiene más amigos personales. “Dotado de simpática figura, con su charla andaluza y su carácter cariñoso y expansivo, consigue tener grandes amigos a poco de abrirse un Congreso. Para Cánovas hay admiradores; para Romero Robledo apasionados que derramarían por él “hasta la última gota de su sangre”, como me decía exagerando su actitud un gobernador húsar no hace mucho tiempo. Es hombre que se juega la cartera por un amigo.”

Trasladémonos, ahora, a aquellos años en que se escribieron estas cartas que comentamos: en 1897, cuando se celebró una Asamblea con “romeristas” llegados de toda España. “Por de pronto —se comentaba en la Prensa (7)— lo que ya nadie puede dudar es que ningún otro hombre político tiene amigos tan consecuentes y leales como Romero Robledo, tan dispuestos al sacrificio y tan sumisos y obedientes a los mandatos del jefe”. Y era verdad. Tan verdad que el propio don Francisco los ensalzó en su discurso: “...mis amigos se cuentan porque dan la cara, van a todas partes, a los banquetes, a las asambleas, a las manifestaciones, y todo el mundo puede contarlos. Los de los demás son incontables, porque no salen jamás de la sombra”. La realidad es que vinieron de todas las provincias y este hecho “cuando tan pocas probabilidades de éxito pueden abrigar los romeristas—

(6) «Los oradores de 1869». Madrid, 1879. Librería de los señores Simón y Veler, págs. 367 y 368.

(7) En «Blanco y Negro», núm. 346, del 17 de diciembre de 1897.

y transcribo de otro comentario— significa gran acatamiento a los superiores mandatos y una dosis de adhesión incondicional y desinteresada que hoy no estamos acostumbrados a ver en los partidos gubernamentales”.

¿Pero en dónde residía ese secreto de Romero Robledo para contar con amigos de esa clase? En primer lugar, en sus inmensas e innegables dotes de simpatía, de don de gentes, de trato generoso y afable; en segundo lugar, en su preocupación por sus amigos, por los cuales y para elevarlos y defenderlos, estaba dispuesto a darlo todo. Claro que, precisamente, por esa posición casi paternal para quienes le demostraban su fidelidad, hubo de extremar, a veces, su conducta, harto generosa, según le criticaban, llegado el caso. “Hay varios políticos que viven sólo de ser amigos de Romero Robledo” —decía Gamazo, con evidente exageración y malhumor, al contemplar cómo este andaluz contaba, en cualquier ocasión, con una pléyade de amigos incondicionales. Dulcifiquemos, de todos modos, sus errores, cuando los tuviera, en gracia a esa simpatía avasalladora que derrochaba a raudales. “Pocos hombres he conocido tan seductores y simpáticos” —escribe Fernández Bremón (8)— al verlo en su despacho de la Gobernación, mientras obsequiaba a sus amigos, y a todos escuchaba y charlaba con ellos, por los codos, de grupo en grupo.

La “plana mayor” de los romeristas sevillanos.

En 1897, la Plana Mayor —pudiéramos llamar, del partido romerista, estaba constituida, en Madrid, por el marqués de Luque, don Ezequiel Ordóñez, don José Sans Sevilla, don Antonio González López, don Francisco Bergamín, don Angel Gómez Rodulfo, don Manuel Crespo Quintana, don Luciano Puga, don Arcadio Albarrán, don Julián de Silva y Monje, don Conrado Solsona y el marqués de Campo de Aras. Y en Sevilla, que es lo que nos interesa, por Gandul, el conde de Lugar Nuevo, Infanzón, Tocor y don Prudencio Mudarra, marqués de Campo Ameno. En su totalidad, el partido “romerista” se movía a base de amistad para con don Francisco. Su influencia y su prestigio les subyugaba por completo. Ellos se reunían, se organizaban en Comités y se preparaban para la lucha electoral. A veces, cundía entre las filas el desaliento; mas, pronto, volvían a encen-

(8) En «La Ilustración Española y Americana», núm IX, del 8 de marzo de 1906.

derse en el fervor, en el entusiasmo renovado que Romero Robledo sabía despertar a su alrededor.

Algo parecido pasó en 1898, a raíz del fracaso que tuvieron en las elecciones. Es de ese año, y del 28 de marzo, una carta muy expresiva. "No hay que desanimarse. Nunca creímos ganar ningún distrito". Y prosigue, luego: "Hoy me escribe Gandul y me dice que ha dejado organizado el partido. Desde luego creo que sí, que el intento de lucha es bueno para fundar y formar partido". ¿Decidme si no impresiona ver cómo Romero Robledo, con sus sesenta años, sigue incansable, en la lucha, como el primer día? Con razón le llamaron el "batallador", el político por antonomasia, el viejo "húsar" que sólo vive para no rendirse nunca. "Recuerdos a todos y me alegraré que no desmayen. La mala fortuna en las elecciones estaba descontada". ¿Y cómo no iba a preverlo quien, sin discusión, sabía más de elecciones en el país, y era más ducho y sutil para prepararlas, porque no en balde ganara su elección como diputado por su distrito natal, a los veinticuatro años, con más de 36.000 votos?

La carta siguiente a Campo Ameno es del 13 de abril. "¡Los amigos deben ser claros!", se lee en ella casi de entrada. Don Francisco anda un poco quejoso con Lugar Nuevo y desea que Campo Ameno se encargue de los amigos de la provincia. "Le hablo a V. con entera sinceridad, y no me quedará ningún dolor cualquiera que sea la conducta que los amigos adopten, porque yo no quiero molestar a nadie." "Con toda franqueza, y en la manera con que hago la política, no doy esperanzas de éxito, ni satisfacción de ambiciones. Lucho por obtenerlo, pero no tengo ni doy seguridad de alcanzarlo. Sigo y mantengo la política que creo conviene a mi país, pero en último extremo, es para mí secundario que sean muchos o pocos o ningunos los que me sigan. ¡Buenos están los tiempos para fundar cálculos, ni hacerse ilusiones! Si uno consigue dar satisfacción a la propia conciencia obtiene quizá el único éxito que hoy puede alcanzarse. Por sistema jamás hice ofrecimientos. Al contrario, sí que procuraré poner de relieve las dificultades y las incertidumbres, así es que nadie por mí puede llamarse engañado." "Perdone V. esta larga carta. Pero a V. que siempre, y aun ahora, me ha demostrado decisión, debía hablarle y comunicarle previamente mi resolución. A Pepe Tocor, a Gandul, a Infanzón, a los amigos no reserve ni mi actitud ni mi resolución." "Se reúnen y resuelven con absoluto desprendimiento de serme agradable o desagradable. Nunca puede ser lo último. Mi amistad por todos es independiente de la política, y las circunstancias y el porvenir son

tan inciertos, que no cabe exigir de nadie lo que su propio convencimiento no permita.”

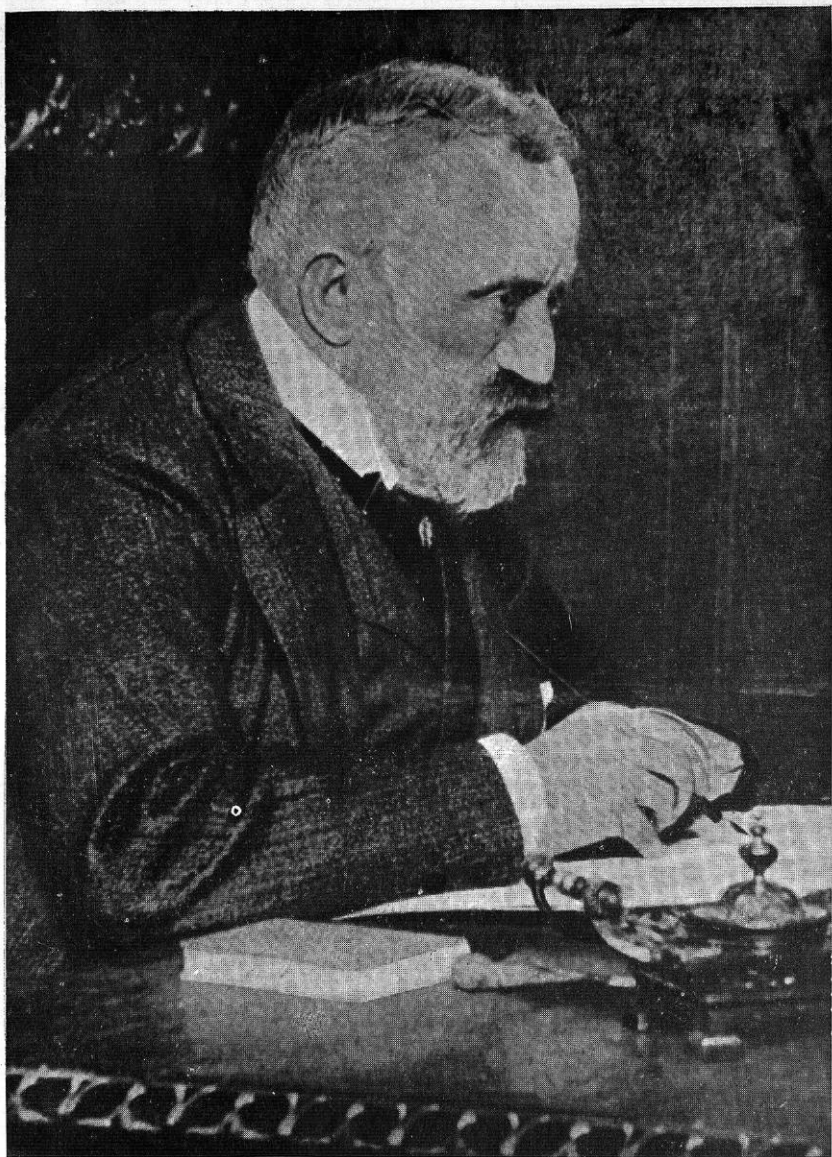
Releemos algunas de las anteriores líneas —“en la manera en que hago la política, no doy esperanzas de éxito, ni satisfacción de ambiciones”, “mi amistad por todos es independiente de la política”, “si uno consigue dar satisfacción a la propia conciencia obtiene quizá el único éxito que hoy puede alcanzarse”, “por sistema jamás hice ofrecimientos...”—y rompemos una lanza por este Romero Robledo de sus últimos años, sereno y grave, y que no es ya el “ministro muñidor, desaprensivo e irrespetuoso para el sufragio”, acostumbrado a la “bullanga y travesura”, a las “tropelías”, “movedizo”, de tácticas “inexplicables”, que no repara “en medios para atraer a los diputados que obtuvieron su aprobación”, como nos lo presenta Ballesteros (9) a lo largo de su carrera política. Al menos, a través de estas cartas, aparece con un gesto más noble y digno de tenerse en cuenta.

Predicciones pesimistas y “deber” de los políticos.

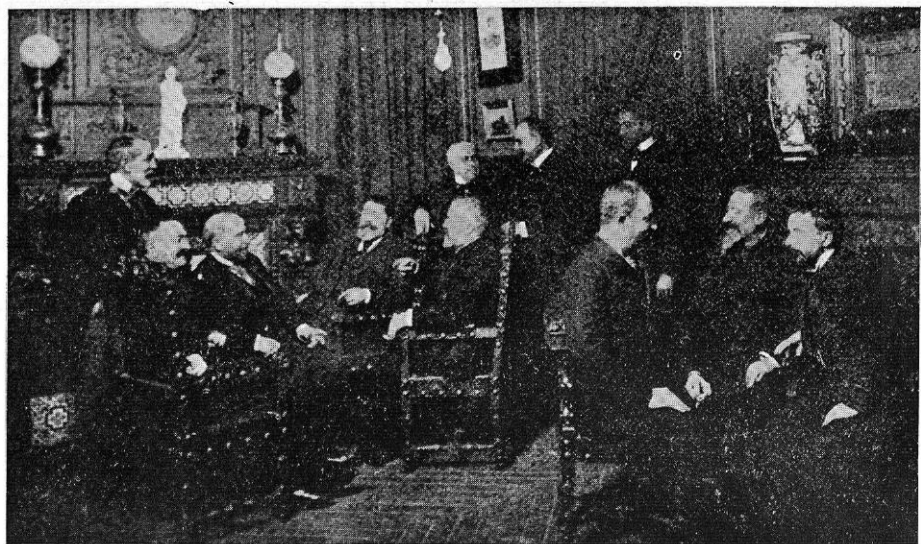
A continuación, Romero Robledo examina el panorama pesimista que se cierne sobre España, y prevé —con negros presagios— primero, la guerra y, después, la pérdida de las Colonias. “¿Quién es capaz de saber lo que sucederá en este país, en muy corto plazo?”, inquiriere. “La guerra es inevitable; la pérdida de Cuba evidente; con ella la de Puerto Rico y Filipinas, y con todos estos desastres, la de la Monarquía. ¿Qué vendrá? ¿Quién lo sabe?” Como véis, en lo único en que se equivocó, fué en suponer que la Monarquía no estaba tan enraizada, para no resistir ese vendaval de desgracias como se le vino encima y en muy corto espacio de tiempo. Sintomático es también de la confusión que reinaba entonces, ese no saber lo que habría de venir, ni siquiera en nuestros mejores políticos, y tiñe con una tónica de angustia cualquier predicción o vaticinio.

“Lo único que es innegable —afirma, luego— es que no puede seguir este juego ridículo y funesto de liberales, unión conservadora, etc., que ha traído tantas vergüenzas y tanta ruina”. “Juego” —por usar su terminología— iniciado a la muerte de Alfonso XII, cuando Cánovas aconsejó a doña Cristina, que confiase el poder a Sagasta, con lo que dió comienzo lo que C. Al-

(9) En su «Historia de España» Tomo VIII. Salvat, 1936, páginas 312, 313, 327, 329, 334, etcétera.



DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDÓ escribe, en su despacho, unas semanas antes de su muerte.



A su despacho de Madrid, en la calle de Serrano, acudían amigos suyos de todas partes. Para todos tenía Romero Robledo unas palabras agradables o un dicho ocurrente.



El Diputado a Cortes

Antequera

Excmo. Sr. Marqués de Campo-Ameno

Querido amigo: ayer recibí tu carta,
grande y bien escrita. Te, por, a
tu casa con todo el acompa-
ñamiento. P.º V. sean todos los
momentos y p.º momentos los gozos,
de p.º un ojo es, con gran
honor a tu mujer, y para de
cabe mi gratitud. Y nada más,
de quien te sea afec. amo.

Roberto

P.º. De los días de su mujer y
venidos a julio.

y no hay motivo para ello. Tal vez
sean de la clase de cosas que se
suenan y hacen cuantos obis-
pos y obispos sobre el movimiento
de la Iglesia y seguidas de
los que los acorran con gusto
de la Iglesia y seguidas de
los que los acorran con gusto.

Fine B. razon. La política
esta por hartar a cualquiera. Esto
para imposible y. para seguir
por la institución para un im-
posible cada día. En Polanco
y. Silva. En la. completamente
perdido en la opinión, y la
creencia general y. se ve grande
en. Que y. está mejor colocado
y. nadie. Alla. Pues los y. saca
ahora en los doctos.

La habra B. visto en la
misma en la una gran fiesta
artística-literaria y. de la. y. de la
poemas. La idea ha caído muy bien
y. con entusiasmo. Necesito un boga
opinión ali' y. me ayudo B. de la
y. hay y. ya lo dió.

Otro facsímil de una de sus cartas. Con rasgos nerviosos y apretados, se queja de la política de su tiempo que «está para hartar a cualquiera», y alude a una fiesta literario-artística, organizada por él, «para coronar a Campoamor».

cázar llama el "turno a la inglesa" (10) —liberales, conservadores, Sagasta, Cánovas y, a su muerte, Silvela— movimiento pendular en un período de nuestra política y causa de la salida de Romero del partido de Cánovas, porque no concebía semejante actitud sin contar, previamente, con su asentimiento. "Lo menos que se merecía el partido —afirmaba iracundo— era ser consultado antes de tan trascendental paso" (11). "Señora, yo respondo de mis hombres." —había dicho Cánovas, seguro de Romero Robledo, su lugarteniente y brazo derecho. Pero no fué así y, durante unos años, perduró esta incisión, la primera en las filas canovistas— como hizo notar Natalio Rivas.

Pero volvamos a la carta anterior y a otras posteriores, donde Romero Robledo prosigue con sus notas pesimistas ante la desdichada situación en que anda metido el país, sin soluciones inmediatas, ni previsibles. "No acabaría nunca, si hubiera de exponerle cuanto siento como amante de mi Patria. Dios dirá." "Las cosas van cada día peor y veo muy obscuro el porvenir", "la situación es espantosa y no vea salida para ella", repite en cartas del 30 de abril y del 5 de mayo del año 1898. Sin embargo, y a pesar de toda esta confusión y este no verle "salidas", Romero Robledo considera un deber continuar en la vida pública y criticar, en alta voz, aquello que no crea conveniente. Todo, menos el silencio o la indiferencia. "Porque cuando viene sobre un país una crisis como la que atravesamos, el silencio de los hombres públicos es una vergüenza; la transacción con aquello que se juzga malo, aceptándolo después, una deserción del deber; la ambigüedad, una cobardía; y esa vergüenza, la deserción del deber y la cobardía, son delitos de lesa Patria." Estas frases las pronuncia Romero Robledo en la Asamblea de Valencia, de 1897, y responden a una postura que hay que reconocer es de gallardía y de integridad.

El monumento a Cánovas del Castillo.

Mas ese mismo año, 1897, asesinan a Cánovas y su muerte impresiona, profundamente, a Romero Robledo. No en balde había sido su constante Ministro de la Gobernación, durante el reinado de Alfonso XII. Después, a la muerte del Rey —y tal

(10) En el Manual de Historia de España», de Aguado Bleye y C. Alcázar. Tomo III, pág. 760. Espasa-Calpe, 1956.

(11) Sagasta». Natalio Rivas, 1946, pág. 130.

como vimos anteriormente—, vino su desertión de los canovistas. Romero Robledo se une, entonces, al general López Domínguez, y forman un nuevo partido: el “reformista”, de vida tan efímera que sólo dura unos meses, por incompatibilidad entre ambos. Por lo visto, ni uno ni otro se entendían y, de ese modo, tampoco el “reformismo” adquiere carta de naturaleza y pasa como una aventura más —en aquel siglo de aventuras políticas— sin pena ni gloria. Pero Romero Robledo comprende que ni él ni sus amigos pueden seguir solos e intenta acercarse, de nuevo, a Cánovas. Su primer cable en ese sentido lo encontraréis en octubre de 1890, en unas declaraciones suyas, insertas en “El Guipuzcoano”, de San Sebastián, y en las cuales y de “una manera velada” solicitaba sitio en las filas conservadoras. Y, en efecto, “tres veces sabio” —como lo califica el conde de Vallesllano (12)— se reintegra, de nuevo, entre los canovistas.

Una vez ya situado, tan sólo su enemistad con Silvela le priva de una cartera ministerial. Pero en cuanto dimitió éste, obtiene el Ministerio de Ultramar y, en 1895, el de Gracia y Justicia, el cual abandona en 1896, ante los ataques del marqués de Cabriñana. Así, a la muerte de Cánovas, al formarse la Unión Conservadora —acaudillada por Silvela— se mantuvo, otra vez, independiente. Esa mutua antipatía que se tenían entre Silvela y él, explicaba su conducta. Silvela —según Llanos y Torriglia (13)— llegó a sentir “una como insuperable repugnancia física y moral” hacia los procedimientos políticos que a Romero Robledo, por placer o por cálculo, le gustaba emplear para la captación de simpatías”. A Romero le resultaba totalmente inadmisble Silvela en la Presidencia del Gobierno. Y fué como una guerra la que sostuvieron los dos palmo a palmo— y en la cual Romero —tal opinaba Romanones— llevó, a veces, la peor parte. Y lo peor, es que era pública y notoria esa enemistad política y sus polémicas entre ellos se guardaban con curiosidad. En una de ellas, en el Congreso, en 1899, fué cuando Silvela, dirigiéndose a su contrincante, le espetó, con una de sus frases incisivas y aniquiladoras, aquello de “A su señoría se le oye, pero no se le escucha.” Frase que hizo más daño a Romero Robledo que ninguna otra en su vida.

Esa era la posición, pues, de Romero Robledo en esos años en que están escritas estas cartas. Enfrente de Silvela, al margen, por tanto, de la Unión Conservadora, se volcó en el recuerdo de Cánovas que, después de todo, quiso siempre tenerlo a su lado

(12) En «Cánovas», pág. 196. Purcalla. Madrid, 1946.

(13) «Silvela». Tomo VII, pág. 199. Colección Medio Siglo de Historia. Los Presidentes del Consejo de la Monarquía, 1874-1931. Purcalla. Madrid, 1946.

como Ministro. Esto explica su intervención apasionada en el Congreso, en la sesión en su homenaje y en la proposición para que se inscribiera su nombre en el Salón de Sesiones. Pero en donde su actuación fué más personal, porque se debió a una iniciativa suya, fué en la organización de una suscripción popular para levantarle un monumento.

La idea tuvo un gran éxito y, muy pronto, se consiguió una cifra muy aceptable. En trance, pues, de pensar en un escultor que diera comienzo a la obra, Campo Ameno le presentó a Joaquín Bilbao (14) como el más indicado para hacerlo. Bilbao había sido Tercera Medalla en la Exposición de Madrid de 1897. A Romero le pareció bien, y Bilbao, un sevillano, se encarga de realizarlo. Con ese motivo, Romero Robledo le escribe a Campo Ameno (en carta del 28 de marzo de 1898): "Ya le habrá enseñado Bilbao el precioso monumento de Cánovas, cuya fotografía le envié directamente, y por lo que me escribiste coincide con mi pensamiento, y espero sea una obra notable" (15). Con posterioridad —del 13 de abril— insiste para que Campo Ameno "no deje de la mano a Bilbao". Y en otra de quince días más tarde, podremos leer: "Me alegro mucho de la actividad de Bilbao, pues tengo ya verdadero deseo de ver la fotografía del monumento terminado. El grupo alegórico ha gustado muchísimo a cuantos lo han visto". Y en una nueva carta— del 16 de mayo— nos dá noticias sobre el mismo asunto: "vino el dependiente de Bilbao con el proyecto. El monumento ha superado mis esperanzas, pues resulta mucho más hermoso de lo que se podía juzgar por las fotografías. Yo estoy verdaderamente entusiasmado y a todo el que lo ha visto le sucede lo mismo. Hoy escribo a Bilbao diciéndole el efecto que me ha producido, y encargándole que comience los trabajos". "De todos modos se necesita mucho para esta obra ¡Tres años! (16). Bilbao va a adquirir un gran nombre. Otra cosa. Creo que no debemos decir el coste de veinte mil duros. Yo no digo a nadie lo que cuesta (17) y digo que será sobre treinta mil duros. Sabe V. que hay gentes que valoran las cosas por lo que cuestan".

Buen andaluz, y buen psicólogo, ya tiene bastante con la suscripción y no va a admitirles nada a los otros conservadores que sientan "gananas de contribuir".

"Sé que Bilbao —prosigue en otra carta del 27 de mayo— le

(14) Hermano del pintor Gonzalo. Entre otras obras suyas, muy notables, la estatua de Maese Rodrigo Fernández de Santaella.

(15) Media la estatua 3,26 metros y fué ejecutada en su taller de Sevilla.

(16) Fué inaugurada el 1 de enero de 1900, en Madrid, en la Plazoleta del Senado.

(17) Costó, en realidad, el monumento a Cánovas unas 250.000 pesetas.

tiene al corriente de su éxito. Este es completo. Si realiza en grande la belleza que tiene el grupo en pequeño, Bilbao habrá conseguido cuanto pudiera ambicionar. Aquí lo puse en relación con el arquitecto Grases, amigo mío, que tiene muchísimo gusto y éste ha hecho un proyecto que es bellísimo" (18).

Como véis, Romero Robledo está muy interesado en esta obra y desea verla concluída cuanto antes. "Ya se está trabajando en el basamento y cimentación. Es menester que Bilbao haga un esfuerzo para acabar pronto" (15 de octubre). Escribe con frecuencia a Bilbao y por éste sabe cómo Campo Ameno ha sido repuesto en el cargo de rector de la Universidad (26 de noviembre). Pero en el año siguiente (1899) existe un roce entre el arquitecto y el escultor. Don Francisco se mete por medio para arreglar la cuestión y escribe a su amigo de Sevilla: "En fin, esto queda aclarado y no hay motivo para que Bilbao renuncie a dar su voto, exponer sus deseos y hacer cuantas observaciones quiera sobre el monumento" (13 de febrero de 1899).

Por último, dos días después de su inauguración —3 de enero de 1901— no recata el contento que le ha producido verlo ya hecha completa realidad: "Le agradezco mucho la felicitación que me envía por el éxito que ha tenido el monumento de Cánovas. Estoy satisfechísimo y a V. le alcanza parte del éxito, puesto que por V. conocí a Bilbao que con tanta brillantez ha realizado la obra".

Porque si comparte los disgustos y las contrariedades con sus amigos, también, y como es justo, quiere compartir los triunfos y las alegrías. Y un éxito fué —si duda alguna— el monumento a Cánovas, empeño personal de Romero Robledo, dado que, aparte de ser una idea suya, se preocupó por él —como hemos visto— hasta en su menores detalles. Era como una deuda que tenía con aquel insigne hombre público, con Cánovas del Castillo, quien "por sus talentos y patriotismo mereció el respeto de sus contemporáneos"—como se lee en el pedestal que se colocó al pie de aquella obra.

"El pulso de las cosas".

En muy pocas ocasiones, además, gustaba Romero Robledo de molestar a sus amigos sevillanos. En especial, si se trataba de cuestiones pecuniarias. Así sucede, por ejemplo, cuando en este

(18) Don Luis Grases y Riera y su proyecto —16 metros de altura total— se llevó a cabo.

epistolario inédito que dirige a Campo Ameno y comentamos, se interesa por "El Orden", una publicación que no desea ver desaparecer de ningún modo. "Sería conveniente no dejar morir esa publicación y al efecto quisiera que lo recomendara V. a todos los amigos, especialmente a los que forman los Comités, para que se suscribieran"—escribe en 30 de abril de 1898. Pero "no insisto en mis anteriores indicaciones —leemos en otra del 5 de mayo— en favor de "El Orden", pues yo tampoco soy aficionado a molestar a los amigos en asuntos que les cuesten el dinero".

Con una finura y una delicadeza "sui-generis", su influencia, sin embargo, calaba tan hondo en el ánimo de sus múltiples amigos, que éstos se desvivían ante la más mínima indicación de su parte. No era mucho tampoco lo que Romero Robledo les exigía, sino fidelidad y confianza completa en su mandato. A veces, necesitaba que le creasen también eso que se llamó —de una manera tan vaga— "opinión" en torno a una idea suya. O sea, que la propagaran a través de sus círculos sociales y procurasen que alcanzara una buena acogida. Sin ir más lejos, algo de esto ocurre en febrero de 1899. Romero Robledo, gran amigo de sus amigos, lo era, casi incondicional, de Campoamor. Que yo recuerde, en una ocasión en que Campoamor fué derrotado en unas elecciones, don Francisco le proporcionó un acta por Antequera. Don Ramón lo reconoció, porque, graciosamente, como le preguntaran por dónde había sido elegido, contestó: "Por el distrito de Romero Robledo". Pues bien, ahora, don Francisco anda metido en organizarle nada menos que una fiesta literario-artística para coronarle. "La idea ha caído muy bien y con entusiasmo"—apunta a Campo Ameno "Necesito que me haga opinión ahí y me ayude V."

Pero —en honor a la verdad— esto ocurre en muy contadas ocasiones. Sus relaciones con sus amigos son más bien de carácter personal. En 1898 anda, verbigracia, muy afligido por la enfermedad de Pepe Torres, y se preocupa, de continuo, por ellos. Porque su deseo máximo es hacerlos brillar bajo su sombra, dirigirles en su carrera y conseguirles el triunfo político en Madrid. De esa forma, quiere llevarse a Campo Ameno al Congreso. "Tengo un interés especial y antiguo"—declara (19).

Allí, le vaticina —ya en 1901— "una posición política de primer orden". Piense —continúa— y dígame por donde tendríamos alguna base para su candidatura, que yo gestionaré con vehemencia". Estamos en presencia de quien sigue siendo el hombre hábil por excelencia, único en llevar y traer a sus amigos a la es-

(19) En carta, fechada en Antequera, a 17 de mayo de 1899.

cena política. De quien solo vive para el Congreso y se mueve a su gusto y respira tan sólo a sus anchas, cuando se ve entre los entresijos y sutilezas de unas elecciones o de una crisis. Don Francisco —con su buen olfato y agradecido por encima de todo— quiere a Campo Ameno a su lado. “Deje, entonces, la Recoría por el cargo de Diputado”—le aconseja. Y es curioso cómo esos consejos de uno de los hombres que tuvo mejores amigos—en las buenas y en las malas, durante varios decenios del XIX—fueron seguidos al pie de la letra. Con su afabilidad conseguía muchísimo más que otro cualquiera por otro medio. Era —repito— como una suave dictadura la suya, pero que se imponía, a la postre, sin dejar un solo cabo suelto.

“Si lo reponen (como Decano) entiendo que no debe renunciar”. “Tiene mi autorización para aceptarlo”. Y pienso que sería curioso puntualizar alguna vez, cómo consiguieron influir entre todos sus hombres estas cabezas preclaras de hace medio siglo. La realidad es que no daban un solo paso, sin contar, de antemano, con la aprobación de quien —por puro prestigio— los movía con unas simples líneas de una carta.

De ahí, la importancia que tenía, entonces, la correspondencia. Era fundamental para el montaje y la existencia de un partido. A través de las cartas viajaban las consignas y, sobre todo, las impresiones de aquel que, como Romero Robledo, tomaba el “pulso de las cosas” para contar, luego, lo “que hay” a su amigos.

Pero insistamos en ese “empeño” por meter en el Congreso a nuestro don Prudencio, rector de la Universidad. “Lo de V. aquí como ahí, lo considera seguro todo el mundo, y si hubiera dificultades, ya sabe V. que no me dormiré. Lo que siento es no ver a V. tan entusiasmado como lo estoy yo”. (Carta de 5 de abril de 1901). Desde luego, estamos seguros, que por un amigo “no se dormiré” nunca Romero Robledo.

Sin embargo, y como Campo Ameno —a fines de 1901— se mostrase “retraído”, Romero Robledo —fino y correcto antes que nada— le muestra su temor de “escribirle sobre asuntos políticos”. A la mejor, puede contrariarle y, en ese caso, cometería un “abuso de amistad”. Porque la amistad —ya lo véis— es lo esencial y lo que hay que salvaguardar. Sin amistad no hay manera de seguir adelante y, sólo así —como amigos— es como hay que entender todas estas cosas. “Independientemente de mi opinión y aún contrariando mis afectos, he tenido siempre por norma de conducta no imponer violencia a la actitud de ninguno de mis amigos”. Son palabras de Romero Robledo en carta del 10 de noviembre de 1901 y me parecen capitales para el entendimiento de quien sólo por amistad, haciendo un verdadero culto de ella,

contara como fuerza indiscutible en su tiempo y arrastrara tras sí una fidelísima, incondicional cohorte de amigos, apiñados a su alrededor y dispuestos a seguirle donde fuera.

Gesto y nobleza en un silencio.,

“Diga lo que quisiere la envidia, el señor don Francisco Romero Robledo es uno de los hombres públicos que aparecen de tarde en tarde, y tienen raros ejemplos en nuestra historia contemporánea”. Con estas líneas termina un opúsculo biográfico—impreso en Vitoria (20)— cuando aún no había cumplido los cincuenta años, en donde se cuenta y no se acaba sobre sus virtudes y excelencias.

Pero sin exagerar en demasía, sí podremos escribir que Romero Robledo —visto tal como lo vemos ahora, con la perspectiva de cincuenta años— fué uno de los políticos más distintivos de su época. Y más por el acierto —muy dudoso— que le acompaña, por su total y absoluta dedicación a la política, a la que se consagró —como dijimos antes— por entero, sin reserva alguna.

Y en esto no hay dudas de ninguna clase. Sin el Congreso al fondo, sin ser figura en las elecciones, no se concibe a Romero Robledo; sin verlo polemizar, atacar al Gobierno de continuo o defenderse con las uñas —cuando de él formaba parte— y ser, por tanto, parlamentario a carta cabal, “esencia de parlamentario”, “político por antonomasia” —como lo define el conde de Romanones (21)— no hay otra forma de entender a este antequerano ilustre. Para él, su vida fué eso, la política, y en ese caldo de cultivo del parlamentarismo es como se encontraba a sus anchas. Con razón, pues, ha podido escribir “Azorín”: “Tal vez en nuestra historia moderna no haya un hombre más entregado al Parlamento que Romero Robledo”. Después de todo, hay que pensar en que tuvo suerte por serle dado vivir en un tiempo en donde se respiraba una total embriaguez política, y el discutir por discutir y el discursar por discursar andaban a la orden del día.

Una simple ojeada de su actuación, nos hará ver la medida

(20) «Vida política del diputado a Cortes don Francisco Romero Robledo». Vitoria, 1884.

(21) En la cit. «Notas de una vida», págs. 117 y 236. Romanones y Romero Robledo anduvieron una vez con padrinos de por medio. Romero aseguró haber visto a Romanones en el centro del Congreso blandiendo un estoque. El desafío se hizo inevitable. Menos mal que todo quedó arreglado, mediante «un acta». Después, quedaron los dos «muy amigos».

de su flexibilidad y del constante intervenir en la vida pública española, sin más tregua que la obligada por su enfermedad. Diputado, primero, por la Unión Liberal, colaborador en la Revolución de 1868, refrenó, más tarde, sus ímpetus juveniles y figura entre los constitucionales, dirigidos por Sagasta, como Ministro de Fomento. Durante la República trabajó por la causa alfonsina, y en el reinado de Alfonso XII, aparece como el casi perpetuo Ministro de la Gobernación con Cánovas. Después, a la muerte del Rey, ya hemos visto los avatares de su carrera. Su intento fallido de darle vigencia al partido reformista, con López Domínguez, su vuelta a Cánovas, su Ministerio de Ultramar, y su carácter de independencia ante la Unión Conservadora de Silvela. Y, finalmente, su reconciliación con éste, al unirse con Maura, y su nombramiento, en 1903, con el Gobierno Villaverde, como Presidente del Congreso.

Como véis, fué esa reconciliación con Silvela —su enemigo de tantos años— lo más trascendental en la última parte de su biografía. Bergamín hizo de lazo de unión y Silvela quiso brindarle el apoyo de la mayoría para llevarlo a la Presidencia del Congreso. “Creo que es el puesto más indicado para él, y espero que no lo imposibilite con ningún desplante” —declaró Silvela. Romero Robledo aceptó, al fin, y, de ese modo, se entabló una relación de fría cortesía entre ambos políticos. Lo cierto es que don Francisco terminó por acudir a la tertulia de Silvela, en su casa de la calle Lista. Allí, de seguro, recordarían aquella otra tertulia de Casa Loring, adonde iban los dos, de jóvenes, cuando comenzaban a soñar con el futuro. Tertulia en la cual lucía su simpatía avasalladora y su ingenio rápido aquel “pollo antequerano”, como se le conocía ya por entonces.

Más la nota emocionante y definitiva de esa reconciliación la encontraréis llegado el momento supremo de la muerte de Silvela. Llanos y Torriglia (22) la describe con mano de maestro. Silvela “llamó suplicante a quien más hirió y le hirió” —por medio de Diego Gálvez. Era en los postreros días de mayo de 1905, y Romero Robledo que “experimentaba instintiva e invencible repulsión, casi supersticiosa y algo de gitanesca, frente al espectáculo de la muerte”, sin dudarlo ni un instante acudió a su lado. “¿Qué hablaron los dos?”—se pregunta el biógrafo de Silvela. “Me ha dado un mal rato”—repetía Romero Robledo a su vuelta. Y estas fueron tan sólo las palabras con que se refirió a su última entrevista con Silvela. Porque sobre ello mantuvo un si-

(22) En su cit. «Silvela», cap. XV. «La reconciliación con Romero Robledo», páginas 183 y sig.

lencio absoluto aun con sus amigos más íntimos. Un gesto que le honra, ya que no quiso que se aireara el que fuera Silvela quien le llamara para darle un abrazo. "Grandeza de alma también" "hidalgúa de espíritu creyente, la del perdonador que, por no humillar más al perdonado, extiende sobre su recatado arrepentimiento el velo fraternal de un piadoso e inquebrantable silencio" —escribe Llanos y Torriglia, haciéndole justicia a aquél que supo ser noble y caballeroso con la memoria del que fuera su principal contendiente en esta vida.

Pero volvamos al año 1898, y a un párrafo donde Romero expresa a Campo Ameno "la conveniencia que los pueblos hicieran exposiciones en las Cortes, pidiendo que antes de gravar los pesados impuestos que pesan sobre la propiedad y la agricultura, es justo y constitucional ayuden a levantar las cargas del Estado los poseedores de valores públicos. Esto debe ser popular en los contribuyentes, y es un motivo de demostrarle interés por su defensa. Creo que debían agitar esto con urgencia antes que venga la discusión". Era, indudablemente, un buen "slogan" para los "romeristas": mostrarse defensores de los contribuyentes y propugnar que la pesada carga de los impuestos fuera llevada también por los poseedores de los valores. En vísperas de elecciones, don Francisco no deja de dar una buena puntada.

La visita del general Weyler.

Por otra parte, Weyler llega a La Coruña a bordo del "Montserrat", en diciembre de 1897. Llega de Cuba, rodeado de prestigio, y con una aureola de gloria. Se supone en él quizá al predestinado para enderezar el camino de nuestra política, que comenzaba a hacer agua para hundirse en el desastre de los años próximos.

Era Weyler una figura y, sobre todo, aún no probada en el campo político, como Romero Robledo, se mantenía independiente. Esperanzador parecía, por tanto, que intentaran entre ellos una aproximación. Tanto uno como otro eran dos fuerzas indiscutibles. Romero era el primer estratega parlamentario de nuestro país y aportaba unas apretadas filas de adictos, de incondicionales. Weyler, que había puesto un poco de orden en Cuba, todavía conservaba parte de su fama.

En esa tesitura —en octubre de 1898— Weyler indica su deseo de visitar a Romero Robledo, al viejo político apartado de las tareas gubernamentales. Romero convoca, entonces, a un grupo escogido de sus amigos para que vayan a saludarle. Y en-

tre éstos, naturalmente, sus fieles sevillanos, como se lee en carta del 15 de octubre: "como supongo que de esa vendrá una escogida comisión de amigos a saludarle, celebraría mucho que V. les acompañara para tener el gusto de presentarlo, pues no parece que se proponga pasar a esa".

La entrevista iba a celebrarse en Antequera, en "El Romeral". Pero cinco días después hay noticias contradictorias. Aquí se explica, ahora, la génesis de esa visita, las dudas del general y los temores de Romero Robledo de caer en el ridículo. No olvidemos que el ridículo fué una de las principales causas de la parálisis que sufrieron nuestros mejores hombres públicos a finales del pasado siglo. Silvela, sin ir más lejos, sentía —en frase de Pidal— como "un ingénito y fomentado horror a todo lo que de lejos o de cerca se aproxima al ridículo". Existía un miedo horrible a poder caer en él, así como a la Prensa que pudiera fustigarlos con sus ironías. Como dice el conde de Romanones, muy acertadamente, "en aquellos días tristísimos, y esta era la realidad, flotaba sobre los gobernantes, paralizando sus movimientos y sus iniciativas, un fantasma: el miedo: Miedo, sí, a la Prensa, al Ejército, a las explosiones del sentimiento nacional."

Pues por miedo, posiblemente, a que quisieran ver más lejos y a buscarle demasiadas intenciones a su visita, Weyler no se definía claramente. Y tampoco Romero quería darle la importancia que se merecía dicho acercamiento, por temor a que, luego, no cuajase en nada fructífero, ni provechoso, y diese pábulo a los contrarios a precipitarse con su acerba crítica.

En ese sentido habrá que interpretar esa interesante misiva a Campo Ameno, fechada en Antequera, a 20 de octubre: "Aco- giéndose a una invitación mía del pasado verano, el general Weyler volvió últimamente de las Baleares diciendo a todo el mundo, antes de verme, que venía a El Romeral. Excuso decirle que sus manifestaciones eran las de un hombre decidido y honrado. Pero me temo que se reproduzca lo del convite de Lardhy. Hasta ahora sigue afirmando que viene, pero el pobre se esfuerza en decir que su viaje no tiene carácter político y cada día cambia de itinerario.

La cosa es ridícula y el hombre no me sea que se hagan demostraciones que podrían ponernos en ridículo. Por lo tanto, he resuelto no hacer nada: retirar mi ruego a los amigos de que vinieran a verlo; si va a las capitales andaluzas que mis amigos lo vean o no, según les guste, más por curiosidad que por otra cosa, y nada más. Si viene aquí me limitaré a ir a la estación y a hospedarlo, sin hacerle ningún género de manifestación. Estos generales de la decadencia son todos lo mismo. Polavieja con su

intento de partido ha quedado en ridículo. Este que viene haciendo el bú no tardará en demostrar que no sirve. ¡Qué le vamos a hacer, si no hay dónde poner los ojos que no resulte un desencanto!"

La tristeza y la desesperanza empapan las líneas de esta carta. Los generales de la "decadencia" no sirven para gobernar. Ni Polavieja, ni Weyler. Hay que convencerse, por tanto, que "no hay donde poner los ojos." Es una declaración amarga —muy del 98— y revela el colapso que sufría España de figuras. Se hablaba demasiado, se comentaba demasiado, pero a la hora de la verdad no existía nadie. Y los que había, estaban como "paralizados", por el miedo al ridículo, desde la muerte de Cánovas. Se sufría un desmayo, un letargo en la conciencia nacional. "Singular estado de España: donde quiera que se ponga el tacto no se encuentra el pulso"—comentaba, descorazonadamente, Silvela (23).

La minoría de 1901.

Idéntica impresión, más pesimista si cabe, se trasluce en cartas posteriores. Llega un momento en que ya parece que no se puede seguir más, pero no se sabe quién pueda sustituir a los que fracasan. ¿Es que no hay otros? Romero Robledo asegura a sus amigos que él está en mejor situación que nadie, ya que por no gobernar en estos años, no pueden achacársele los errores de otros. Está —como si dijéramos— potencialmente virgen para colocarse en primera fila. En su opinión, su "chance" está casi a punto; va a llegar el instante de su triunfo político.

"La política está para hartar a cualquiera. Esto parece imposible que pueda seguir, pero la sustitución parece más imposible cada día. ¿Qué Polavieja y qué Silvela? Eso está completamente perdido en la opinión, y en la creencia general que eso no puede ser. Creo que estoy mejor colocado que nadie. Allá veremos lo que sucede ahora en las Cortes" (24). Pero el Gobierno trampea las situaciones y Romero declara que "le muela". Es decir, que le fastidia, que le "harta" —para emplear otro término suyo. Don Francisco anda sufriendo un verdadero empacho político y, ahora, cuando le parecía tener más cerca las riendas soñadas del poder. "Todas las noticias que recibo de Madrid —(carta del 16 de marzo de 1899, desde Antequera)— me pintan la situación en términos que no puede ser viable. Parece que Polavieja se les

(23) Carta del 1898, sobre Polavieja

(24) En carta, fechada en Madrid, a 13 de febrero de 1899.

impone sin formas, bruscamente, y el Gobierno enredado siempre en cuestiones, me muela”.

Campo Ameno le escribe largo sobre ese particular (25) y le ruega marche con toda clase de prevenciones.. En la contestación de Romero —también desde Antequera— le tranquiliza: marchará sobre seguro y procurará obtener el apoyo de Sagasta (26).

Pero así las cosas, nos plantamos en 1901. “Nada nuevo tengo que decirle de la cuestión política. La enfermedad de Sagasta, lo paralizó todo, pero tengo impresiones favorables”.

Sin embargo, así lleva dos o tres años sin que la ocasión se le presente. Ya en 25 de noviembre de 1898 escribía: “Esto anda enredado, pero va resultando que hoy somos nosotros los que estamos en mejor situación. Ya sabrá por los periódicos la importancia que dan a entenderse conmigo. Conservo la integridad de mi independencia y allá veremos como vienen los sucesos”. Sólo que el tiempo pasa y no aparece esa oportunidad. Sin embargo, no por eso pierde su optimismo, ni las esperanzas. Y en ese sentido, se dirige a los amigos que siguen, imperturbables, creyendo en él.

De ese modo, se presentan las elecciones de 1901. Romero Robledo saca a flote una minoría: 10 diputados, cifra bien exigua para sus desvelos e ilusiones. Y esos diez diputados forman la fracción romerista, agrupada, soldada alrededor de su jefe, que aún aguarda su momento.

A título de curiosidad, damos los nombres de esos diez diputados. Fueron: Abril, por Málaga; Barroeta, por Granada; Bergamín, por Málaga; Díaz Sanz, por Murcia; García Fernández, por Burgos; Lombardero, por Coruña; marqués de Campo Ameno, por Sevilla (Ecija); marqués de Robert, por Gerona; Ordóñez, por Pontevedra y, finalmente, el propio Romero Robledo por Málaga.

He ahí, pues, los nombres más preclaros del partido romerista, en el primer año del siglo. Entre ellos, nuestro Campo Ameno, diputado y dispuesto a venirse a Madrid.

Romero Robledo, en Sevilla.

De aquel año, de 1901, hay un cuadro de Ignacio Pinazo, en que retrata a don Francisco. Ha estado algo molesto con los

(25) En mayo de 1899.

(26) En carta, fechada en Antequera, a 17 de mayo de 1899.

bronquios, pero se ha recuperado pronto, y aparece sentado señorialmente en un sillón, el pelo plateado, cuidada la barba y los bigotes, mientras unos lentes cuelgan de su mano derecha, y brillan sus ojos con ese chispazo que presta la inteligencia. "Es un maravilloso retrato" —en opinión de Camón Aznar— que Pinazo presenta a la Exposición de 1904.

Y hemos querido tener así una impresión física de Romero Robledo, porque, precisamente, en la primavera de ese año viene a Sevilla. A decir verdad, Romero Robledo no viaja tanto como otros jefes políticos contemporáneos suyos. Es más, solo se pone en contacto con sus amigos —en las distintas capitales españolas— cuando comprende que no tiene otro remedio. ¿Y a qué es debido ese retraimiento suyo en visitarlos? El propio Romero Robledo nos dará la explicación, en una de estas cartas que comentamos. "Crea V. —escribe a Campo Ameno— que me violenta mucho proporcionar molestias a los amigos, y esto hace que muchas veces no haga viajes a esa y a otras poblaciones". He aquí, pues, la causa: el no proporcionar molestias. Nos admira la cortesía, la amabilidad de Romero Robledo y comprendemos cómo sus amigos anduvieran pendientes de él.

Pero en esa primera —como hemos escrito— le viene una invitación del Ateneo de Sevilla y don Francisco no es capaz de decir que no. Prepara, por tanto, su viaje a Sevilla. No ha venido mucho —que digamos— a esta privilegiada ciudad, donde se le quiere y se le admira de veras. Y a la que él quiere también. Porque aunque hayan pasado ya veinte años, sigue sin olvidar aquel banquete que le ofrecieron el 24 de noviembre de 1880. los conservadores sevillanos. Fué en una época en que se imponían los banquetes por doquier. "Había en aquel tiempo una especie de manía por los banquetes", comenta don Juan Valera (27). Los políticos liberales andaban con misiones de propaganda, "a fin de despertar el espíritu público", y las cuchipandas se sucedían. Hay festines a Balaguer y Castelar en el reino de Valencia, a Vega de Armijo en Córdoba, y los conservadores de Sevilla —para no ser menos— obsequian con ese banquete a Romero Robledo. En este banquete, precisamente, fué donde don Francisco pronunció aquellas memorables palabras: "Somos más liberales que todos dentro del orden".

Pero, por lo visto, el lanzar ideas políticas, a los postres, e inflamar el espíritu de los contertulios alrededor de una mesa bien surtida, continuó durante bastante tiempo y con resultados

(27) En la «Historia General de España», que continuó don Modesto Lafuente Tomo 25. Barcelona. Montaner y Simón, 1890, pág. 152.

satisfactorios. Recordemos, por ejemplo, el fabuloso banquete de la Unión Conservadora a Silvela, en los jardines del buen Retiro, en febrero de 1898, con más de 500 comensales (28).

Pero a lo que íbamos. A la invitación a nuestro Romero Robledo para que viniera como mantenedor de los Juegos Florales de Sevilla. Ser mantenedor era un alto honor reservado a las primeras figuras del país. Mantenedor fué Moret y asombró a todos con su palabra. Mantenedor será Romero, porque no en balde tenía fama de ser uno de los primeros oradores. Fama indiscutible y reconocida por todos. En realidad, ser orador era condición primerísima para brillar en la política. Los grandes oradores se tallaban, se curtían en el Congreso, que era como la piedra de toque de nuestra oratoria. Los grandes oradores arrasaban a las gentes, cuando el hablar bien se cotizaba quizá más que ninguna otra cosa. Un político sin oratoria tenía muy pocas probabilidades de conseguir el triunfo y, por el contrario, cuando brillaba en este aspecto, se podía predecir que llegaría muy alto. Era una cualidad —la de hablar bien— que llamaríamos imprescindible. Se cotizaba la elegancia en la expresión, la facilidad, la teatralidad de la oratoria. Se comentaban, se aprendían de memoria los discursos más notables, y se rodeaba al orador de una aureola, de una celebridad, como nunca ha tenido España. El ¡paso al orador! era como un ¡paso a la fama! Se oían discursos, sin perder ni una sílaba, sin pestañear siquiera. Y se alababan las condiciones de ingenio fácil, chispeante, pronto para saltar, e intencionado para buscar el lado flaco y herirle con la rapidez del esgrimista. Porque no otra cosa, sino verdaderos desafíos —con el florete de la lengua— eran aquellas sesiones del Congreso, donde, a lo mejor, cualquier salida feliz, cualquier interrupción intencionada, cualquier frase, era capaz de darle la vuelta a la tortilla en un debate y ganarse los aplausos de la mayoría.

Y en ese sentido, justo es reconocer a Romero Robledo como una estrella de primera magnitud. Nadie como él, para atacar —habilísimamente— con sólo unas palabras, de efectos detonantes, o, por el contrario, apabullar mediante una larguísima perorata llegado el caso. Con cuatro apóstrofes se ganaba a la Cámara, y fué capaz de sostener un discurso parlamentario durante siete horas, las necesarias para que apareciera Malcampo, con el decreto de suspensión de las Cortes. “Sin ser un artista de

(28) Costó 15.600 pesetas; 30 pesetas cubierto, y lo sirvió Fornos. Se consumieron 130 langostas, 300 docenas de ostras, 400 botellas de Burdeos, 300 de Champagne, 30 de coñac. (¡Ni siquiera vinos españoles!)

la palabra —escribe Fernández Bremón (29)— era un repentista fácil, audaz, intencionado, gran interruptor, de ingenio rápido y gracia andaluza inagotable”. Sobre todo esas interrupciones le hicieron famoso, desde muy joven, desde que —sin edad reglamentaria todavía— defendiera la aprobación de su acta. Hemos repasado sus discursos parlamentarios, publicados varias veces (30) y, fácilmente, podría hacerse una antología —dada su habilidad manifiesta y constante para convencernos siempre— con sus interpolaciones y salidas. Esas “salidas” de andaluz nato, ladino y travieso, que sabe más que nadie, y agudiza el ingenio hasta extremos increíbles. Así, por ejemplo, en aquella sesión del día 6 de enero de 1884, cuando Romero Robledo dedujo que el único inocente de una Comisión nombrada había sido él. Aquello era “el más descomunal de los chistes”. Pero aún hubo más: a fuer de hábil y experto orador, que de todo saca partido, tuvo entonces un feliz arranque, exclamando: “¡Siempre arrojando los principios y sacrificándolo todo a las personalidades!” (31). O sea, que después de provocar el estallido de risas admirativas ante su destreza, con una sola frase sabía sacar partido final a la situación y volverla, totalmente, de su parte. Extraña facilidad, mil veces probada, en aquel Congreso que pisó muy joven. Tan joven que todo el mundo se creía autorizado para llamarle “El Pollo” —como asegura Fernández de Córdoba, en sus “Memorias” (32)—. Pero “demostraba —continúa— gran elocuencia y mucho desparpajo, y no dejaba materialmente vivir a González Bravo, a fuerza de diarias preguntas y de continuas acometidas”. Y esas son las palabras justas para definir los resultados conseguidos por el ataque del antequerano: “no dejarlos vivir” con sus terribles incisos continuos y cortantes, con sus interrupciones que eran como picaduras de avispas sin descanso, tal como lo llamaba otro historiador, testigo de sus intervenciones, casi diarias, en el Congreso.

“El Banco Azul” pesa mucho, y Romero Robledo, como orador, pesaba más—exclamó, en una ocasión Sagasta. Y todo en una época —repetimos— donde se alcanzaba la fama a costa de saber atacar y defenderse, y donde la discusión alcanzaba límites insospechados. Mejor dicho, en donde se vivía para discutir. Precisamente, el citado general Fernández de Córdoba declara que un día que salía del Congreso de 1864, en unión de Alcalá Ga-

(29) «La Ilustración Española y Americana», 15-2-1906. Núm. VI. Año L.

(30) Edición en Madrid, 1879.

(31) En la cit. «Historia de España», de Lafuente y Valera. T. 25, pág. 219.

(32) «Mis Memorias íntimas», por el teniente general don F. Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorria. Segunda edición. T. III Madrid, 1903. pág. 535.

liano, se encontraron con un grupo de senadores que iban frotándose las manos. “¡Esto sí que es discusión! —decían— ¡Eso sí que es agradable!” —comentando, de esa forma, una enconada, inacabable discusión que acababa de tener lugar.

Y es en este ambiente en donde se forja nuestro hombre como orador. Y se hace, se funde de tal manera con él, que cuando el sarcoma que padeció en la nariz y la operación que un cirujano alemán hubo de hacerle, luego de perder casi la mitad de la cara, al desenliarle los vendajes que le habían tenido sin poder pronunciar una sola palabra durante unos meses, como le rogaran que pronunciara, que dijera algo, para ver el matiz de la voz, Romero Robledo, sin dudarlo ni un instante, enarcando el busto y levantando el brazo derecho, pronunció: ¡Señores diputados! Y al ver que su voz le respondía, una ancha sonrisa cruzó su rostro, porque se dió cuenta que aún servía para aquello para lo cual había consagrado su vida, y con lo que soñaba en las largas noches en que guardó silencio en la clínica alemana: con el Congreso, con la política, con los discursos, con los aplausos de las gentes y la admiración de sus amigos. “Otro de distinto temple —escribe Romanones— en la situación en que había quedado, no hubiera vuelto a hacer uso de la palabra en público”. Pero aquellos eran unos hombres de un temple especial. Respiraban un aire político, desde que nacieron, y sin él, morirían.

Pero, en suma, después de esta interrupción, obligada para haceros ver las dotes de orador de Romero Robledo, volvamos a su invitación para actuar de mantenedor de los Juegos Florales de Sevilla. Lo suponemos en aquellos días de mayo, preparando su discurso. Estamos seguros de que lo esmaltaría de frases bellas y que hablaría del Progreso, del Amor, de la Belleza, de la Patria. Y que envolvería todo ese ropaje con ese calor que sabía ponerle a todo y ese gracejo suyo que le venía de su tierra. Y quizá intercalaría alguno de esos cantares, que tanto renombre le dieron, cuando con ellos quería definir una actuación o un programa político. Verbigracia, cuando para demostrar la poca fiijeza de uno de esos programas, que tanto proliferaron a finales del XIX, recordaba aquel cantar que dice: “Allá arriba no sé dónde—había no sé qué santo—que al rezarle no sé qué—se ganaba no sé cuánto”.

Romero Robledo deseaba quedar muy bien en Sevilla. Su fama le imponía el esfuerzo y sus amigos le obligaban. En especial Campo Ameno, orador de campanillas. Es más, era por eso, por sus cualidades de orador por lo que Romero Robledo quería traérselo al Congreso. “Tengo ilusión de que a V. lo

oigan"—escribe (33). Algunos de los discursos de su amigo sevillano se comentaron mucho (34) y con sumos elogios. En resumen, que don Francisco viene a Sevilla. "Me he comprometido a ir ahí a los Juegos Florales, bajo la condición de la conformidad de Vds. Quizás he sido débil, pero no he sabido negarme". A Campo Ameno, como a los demás amigos, les parece de perlas que su jefe político venga a deleitarlos con un gran discurso y, enseguida, le ofrece su casa para hospedarse en ella. Pero Romero Robledo —fino y señor— no quiere molestar a nadie, en absoluto. "Le agradezco con toda el alma el ofrecimiento que me hace para cuando vaya a esa, si bien no lo acepto, porque no quiero imponerle las molestias que esto supondría, tanto más cuanto que iré con una de mis hijas"—escribía en carta del 2 de abril. Pero Campo Ameno insiste y Romero Robledo terminó por transigir en principio, ante la dificultad de encontrar habitación en el Hotel Madrid, por "la bulla de la Semana Santa". En ese sentido se expresa en carta del 8 de abril: "con inmensa gratitud acepto la invitación", pero "me dolía y me duele las muchas molestias que voy a imponerles". Por otra parte, está seguro que estará "mejor que en mi propia casa". "Llevo un criado —prosigue— porque necesito sus auxilios, para el arreglo de mi postiza fisonomía" (35). Con este buen humor se refería a su aparato protésico, que le construyeron en Berlín y escondía los estragos del cáncer y de la operación. Sus proyectos, además, eran salir en el rápido el día 16 —los Juegos no serían hasta el 26— con lo cual las chicas verían la Feria. Porque le acompañarán su hija mayor y una hija de los marqueses de La Laguna, la marquesita de Tenorio (36). De nuevo, insiste en su debilidad de carácter que le movió a aceptar la invitación: "¡Qué debilidad la mía! No debí aceptar la invitación del Ateneo que tanto extravió me hace y me obliga a tanto, como me duele de imponer molestias". Es la misma cantinela de siempre: a nadie quiere molestar este ex Ministro tantas veces, presidente que fué de la de Ciencias Morales y Políticas, futuro presidente del Congreso y una de las figuras más relevantes de su tiempo.

(33) En carta del 8 de abril de 1901, desde Madrid.

(34) Transcribimos un párrafo de don Francisco de Paula Luque, en una carta —25 de octubre de 1892— y dirigida a Campo Ameno, a raíz de un discurso suyo: «...lleno de verdadera emoción, he leído en La Correspondencia de España, aunque muy extractada, la reseña que hace de la última sesión del Congreso Católico, que ha tenido lugar en esa hermosa ciudad y he visto con gran júbilo que su brillante discurso ha estado a una considerable altura, no sólo por el pensamiento que ha desarrollado tan oportunísimo en la época presente, sí que también por su elegante forma. Yo le felicito muy de veras...»

(35) La operación en Berlín la efectuó el doctor Bergman.

(36) Romero Robledo siempre anduvo muy metido en sociedad. A la tertulia de Esquilache (su salón fué el último que existió en Madrid), asistía puntualmente, con sus hijas —Melchor de Almagro San Martín— «La «pequeña historia», «50 años de vida española» (1880-1930).

Crisis en el partido.

Por último, trataremos de una crisis del partido romerista de Sevilla, provocada por la dimisión del conde de Lugar-Nuevo. Es en noviembre de ese mismo año de su vida: de 1901 y en las cartas de Romero Robledo se trasluce un tono de tristeza irremediable. Al mismo tiempo deposita toda su confianza en Campo Ameno, a quien desea de jefe de su partido en Sevilla.

Veamos, aunque brevemente, esas cartas. En la de 10 de noviembre, le comunica la decisión de Julio (38): "se considera agraviado y me comunica la decisión irrevocable de separarse de mi lado". Y sigue, después, con estas líneas: "Estoy tan curtido en sufrir este género de cosas, que nada puede extrañarme". "Bueno está y ya esto pasó" —concluye—. "Lo único que me violenta es tener que ir a los amigos diciéndoles lo que pasa. Supongo que el hecho ya será público, pero esto no me excusa de comunicárselo a los demás, y a suplicarle se lo comunique a todos".

Una carta contestación de Campo Ameno, a esta suya anterior, le deja "tranquilo y contento, pareciéndome muy bien cuanto ha hecho, la reunión y acuerdo de los amigos, que me comunica Leopoldo Jiménez, después de reconstituido el Comité"—. "Realmente el jefe de los amigos era V —continúa— y no puede ser otro con más condiciones ni más a mi satisfacción" (39). "Muchísimo desearía que estuviese aquí. Esto va muy mal. Me aflige el tiempo".

Hay una nueva carta —del 16 de marzo de 1902— en la cual le anuncia que le ha escrito Sánchez Arjona "ofreciéndome su concurso, y manifestándome su propósito de ingresar en nuestra agrupación. Entiendo que es un elemento de importancia, por lo cual le contesto dándole las gracias y diciéndole que procure marchar con V. en buena inteligencia".

Así se hace, porque Leopoldo Jiménez le escribe que se celebró la sesión del Comité y se nombraron "individuos del mismo" al señor Arjona y a don Antonio Romero.

De ese modo marchaba el "romerismo" en Sevilla. Se celebraba el Comité y se estudiaba el ingreso en la "agrupación" de los nuevos amigos que lo solicitasen. Organizar a esos amigos era la tarea principal. Por eso, le recomienda a Campo Ameno que, antes de su traslado a Madrid, se ocupe de ello. "Verdad

(38) Carta del 10 de noviembre de 1901.

(39) Carta del 18 de noviembre de 1901.

que de todo tendremos ocasión de hablar y convenir", puntualiza más tarde.

Al cabo de los años, nos parece interesante conocer cómo marchaba y se las arreglaban estas "agrupaciones" de amigos que, agrupadas alrededor de Romero Robledo, y constituidas en Comités, aspiraban, un día, a gobernar a España.

La suave nostalgia final.

Finalmente, y desde Antequera, una declaración rebotante de sinceridad, en una misiva fechada a 28 de marzo de 1902: "Realmente mi gratitud —se lee en ella— corre parejas con mi admiración porque haya quien se adhiera a mi política, que siendo fundada en ideales y no queriendo transigir con lo que juzgo funesto, me tiene hace tanto tiempo alejado del Poder".

Una suave nostalgia empapa estas líneas del ilustre político, al par que su corazón se desborda en el agradecimiento por quienes —a pesar de todo— siguen a su lado. "¡Tanto tiempo alejado del Poder!" ¡Siete años ya sin ser Ministro! Sin embargo, a lo que se refería es a lo que no pudo conseguir nunca: llegar a ser Presidente del Consejo. Esta era su ilusión máxima e inalcanzable; pero no le acompañó la suerte y se le fué siempre de sus manos, cuando parecía que ya casi lo tocaba con la punta de los dedos. El destino lo quiso así, aunque hay que reconocer que otros que lo fueron, estuvieron mucho menos dotados que él para desempeñar ese cargo. Según el citado Fernández Bremón "pocos le igualarán en condiciones naturales para gobernar con los elementos disponibles, habilidad, flexibilidad, despejo para resolver asuntos difíciles y conocer y utilizar a las personas desde el Gobierno". Mas lo cierto es que no lo consiguió y ya, en 1902, con sesenta y cuatro años, comienza a pensar si la callada muerte no le llegará antes que la soñada Presidencia del Consejo de Ministros. Y así fué. Y menos mal que Silvela —como vimos— le ofreció otra Presidencia, la del Congreso, y allí pudo ser —en opinión de Romanones— "un dictador manejando la campanilla", y saborear aún aquel Salón de Sesiones, que era su vida, y en donde cada tarde se sentía a sus anchas al dirigir, como un viejo piloto, los debates.

Y de esa forma, una tarde, la del 3 de marzo de 1906, a Romero Robledo le llegó el instante de decirle adiós a este mundo, y su palabra —que tanto había hecho sufrir y gozar— se quedó apagada, débilmente. Entonces, la Prensa le tributó una despedida afectuosa, le dedicaron una sesión necrológica en

el Congreso, lo trajeron a Antequera y lo enterraron, con toda solemnidad, en la cripta del convento de Belén. Y, después, vino el olvido y, tan sólo de vez en cuando, brillaba una estela de su recuerdo.

Y es con esa intención, con la de recordarle, por lo que, hoy, exhumamos estas cartas dirigidas a su buen amigo de Sevilla—tan sugerentes para la comprensión de su carácter— y que se diría conservan, entre el nerviosismo de sus trazos, como el pulso de la mano de ese andaluz, de ese antequerano insigne. Y cerramos los ojos y nos parece ver todavía aquella mano, cuando se movía, majestuosa, por el aire enrarecido del Congreso, como si quisiera moldear y darle mayor impulso a cada una de sus palabras que iban saliendo, fogosamente, de sus labios.

JESUS DE LAS CUEVAS

